

madre enferma es una boca más, en la granja, la sensualidad apasionada, siempre por debajo de sus intereses materiales, sin embargo.

Prudencia, en cambio, es la docilidad resignada y sumisa, la servidumbre de la hembra campesina a las labores rudas y varoniles, pero que guarda, en esta corteza áspera, una dulzura cariñosa que se desahoga en el cuidado de las plantas y de los animales domésticos y más adelante, en el amor.

Su apasionamiento se contiene, a pesar de su fuerza latente. El tradicional puritanismo de su raza y el suponerse fea y odiada, la hacen retraída y áspera.

La figura dulce de Jancis Beguidy, la novia despreciada, después del incendio de las trojes repletas de espigas, contrasta con la de Prudencia.

Jancis es la Ofelia de la tragedia rústica. Su cara sonrosada y tierna, sus ojos azules y querendones, nada saben del egoísmo y de las ambiciones del hombre que ama. Se entrega a él sin vacilaciones ni remordimiento.

Es idéntica a la heroína del drama shakesperiano, pero en la muchacha del Shropshire hay un calor humano menos estilizado y al ser cruelmente rechazada por Gedeón, ella, con su criatura en los brazos, se arroja al estanque de Sarn, donde meses más tarde se les va a reunir el propio héroe.

Una fatalidad trágica arrastra a todos estos seres instintivos, influidos por las malas artes de las brujas y la fuerza invencible de viejas supersticiones, para las cuales

las predicaciones del pastor son insuficientes.

Sólo Prudencia Sarn, la del labio leporino, despreciada por todos los mozos de la aldea, que consideran su defecto físico como un signo de brujería, logra el amor tan ocultamente soñado por ella, cuando Kester Woodseaver, el bello tejedor, el hombre despreciado, como un caballero medioeval, la salva, en el anca de su caballo, de la furia del poblacho que desea terminar con la mujer maldita, causa de la muerte de su madre y del suicidio de Jancis y Gedeón.—*Mariano Latorre.*

LA CIUDAD DEL VIENTO

Valparaíso—La Ciudad del Viento, novela de Joaquín Edwards que acaba de editar Nascimento, es obra de emoción. Representa la parte romántica del cronista batallador. Estamos a considerable distancia de *El inútil* y de *El roto* y de una serie de obras que entre protestas y aplausos, dieron fama merecida al autor. Con esos libros Edwards pasó muy malos ratos. La sinceridad cuesta caro en un país en el que a menudo suele, al escribirse, callar o fingir lo que se siente. Leyendo la *Ciudad del Viento*, se piensa en los escritores que después de agitarse en la dura realidad del momento, regresan a la sencillez y a la frescura de la adolescencia. Es la pausa en el torbellino. Quizá un poco, la necesidad de olvidar. Porque este libro narra, con lenguaje espontáneo y limpio, los sucesos y las desventuras de un niño huérfano, ob-

servador y entristecido por la vida. Tiene a su lado el abuelo, en quien el autor personifica la serenidad y el bien, pero busca refugio en la «mama» en esa antigua mama chilena que todas las viejas familias conocieron y que para ciertos niños era como una verdadera madre.

En la «sirvienta» Perpetua, Edwards simboliza muchas de las virtudes del alma criolla: abnegación sin límites, sacrificio, lealtad, amor a las viejas cosas del hogar. La mama permitía todos los caprichos, ejercía una autoridad despótica y blanda a un tiempo sobre el niño regalón, pero de ordinario, sabía ofrecer las ternuras más suaves. En muchas de esas mujeres, la maternidad trunca se convertía en continuo sacrificio; el insatisfecho anhelo de un hijo que les negó la naturaleza o que de pequeño les arrancó la muerte, en una benevolencia tierna para todas las locuras. Vivían para los hijos de otros y a veces se transformaban en las verdaderas madres de los hijos ajenos. Quedan por ahí algunas. Pocas tal vez. Las costumbres han variado y sólo, de tarde en tarde, se encuentran en las viejas residencias ejemplares de esas mujeres que vieron crecer a los amos y a los hijos de los amos. Vivían adheridas al hogar. Conocían los secretos de la familia, los caprichos menudos, las más íntimas penurias. Todo se les permitía, porque todo lo merecían por su fidelidad y nadie hubiera osado reprenderlas con dureza sin sentir más tarde un oscuro remordimiento. En fin, todo ha variado. Y de este tono recogido, como a la sordina, romántico y tris-

te, está hecho este libro en el que la narración adquiere a menudo el acento de una sobria ternura. En este punto, el libro de Edwards es un triunfo, como lo es en el estilo de limpieza noble y tranquila.

Para lograr estos efectos ha puesto un dique a las violencias y a las acritudes, al batallar continuo que es la expresión externa de un periodista múltiple como él. En Joaquín Edwards hay el hombre impresión, imaginativo, áspero a veces en sus observaciones, que va y viene sobre los acontecimientos y los golpea y los hace estallar en frases llenas de color y de vitalidad. Estas páginas de hoy, no entran en las exigencias tiránicas del periódico. No es la actualidad circunstancial que es necesario agitar y remover para extraerle el contenido palpitante, en ironía y sarcasmo. Es la vida pasada y como tal ennoblecida por la distancia. En ocasiones el periodista reclama imperiosamente su sitio en el festín de imágenes y de observaciones y saltan algunas páginas sugestivas sobre la psicología del porteño, sobre el ambiente de la ciudad comercial y utilitaria, negada a las sugerencias del arte. Pero luego la narración se recobra en su frescura, se remansa en la actitud del adolescente que escribe sus memorias, evocando los amigos de la infancia, la belleza de los valles quillotanos, los rincones típicos del viejo Valparaíso, sus costumbres, sus personajes, la belleza del puerto poseído por el viento. Una página admirable, de rara maestría, ha consagrado el autor a los vientos de Valparaíso. Soplaban en Verano y duraban tres días.

«El viento Sur—escribe—se adueñaba de la ciudad de manera súbita deshilachando las nubes, expulsándolas. Despejaba el cielo y los lomos de los cerros, pasaba con mil ruidos disimiles que nuestros oídos filtraban y aglomeraban en concierto. En el mar rizado de color verde claro, la vieja Boya del Buey, ululaba; en los lomos redondos y rojizos de los cerros las basuras bailaban en tirabuzones diabólicos; las casas se estremecían con sordo ruido de latones y planchas de zinc; en la parte baja, al encajonarse, producía otro ruido de latas inmensas, y de seres triturados; de cabalgatas triunfales; de escuadrones invisibles. En pleno día la ciudad quedaba solitaria con un aspecto insólito, de abandono; solamente el viento la habitaba con su acompañamiento de arenas y microscópicos gérmenes. El viento, el viento Sur! Todos necesitamos las fuerzas naturales para vivir. En mi niñez una de las fuerzas plasmadoras fué el viento de las vacaciones. Venía de distancias enormes a decirnos historias tan vagas y turbadoras como espejismos. ¿De donde venía el Dios Aire? Del Sur, del Sur y de todas partes, aun más allá de la tierra. Puertas y ventanas sonaban como chasquidos, como balas; los sombreros huían; las faldas de las mujeres se apretujaban a sus formas; los papeles danzaban zarabandas y, al fin en las calles quedaba sólo el viento—amo y señor—susurrando en las avenidas, estallando en las encrucijadas, batiendo las crestas de los cerros a grandes aletazos.»

Lo admirable en este libro es el

tono de recogimiento, de unción cariciosa. Quiere satirizar en ocasiones a la ciudad, pero lo contiene la marejada de los recuerdos. Una ciudad en la que corrió la infancia es como un nido. Pueden estar los bordes llenos de espinas, pero el fondo, es la tibieza de unos días áureos y gloriosos de intimidad que no se borran. Justamente allí está el viejo amor de la adolescencia. Florita, para el autor, es el corazón, en el fondo del nido. Aun siendo como es, un amor roto o traicionado es, el amor que llena de fragancia los días futuros, y aun en las derrotas, florece para aliviarle la vida. Y este es lo más sugestivo del libro: su queja romántica. También el fracaso. No es el personaje el hombre que triunfa. La mujer se va con otro. Se la lleva el alma comercial fría y egoísta de un extranjero: Powderson. No es difícil extraer la simbología del caso. Powderson era el hombre fuerte, rico respetado. En el adolescente criollo no había más que timidez, quizá vacilación y temor. El inglés era enorme, jocundo con colores de rosbif. Además la fuerza y la seguridad que dan el dinero. El hecho es que la previsión femenina de Florita le decía que Powderson era un apoyo, una fuerza de propugnáculo, un faro y un guía. El autor comenta: «En estas sociedades nuevas el dinero es adulado en forma inconcebible, por cuanto la gente no profundiza los caracteres y hasta ahora la posesión de una fortuna es el valor objetivo indudable». Ahondando aún más, la ciudad misma daba la impresión de un dominio de firmas y negocios

extranjeros. Para triunfar era preciso adoptar la táctica y la estrategia del comerciante inglés, o penetrar en el fondo de la mezcolanza híbrida en que se revolvían las razas que poblaban sus calles y encrucijadas. Mientras el extranjero se entrega a la acción y al negocio, el criollo se lamenta o hace reflexiones. Un gran amor a su rincón natal es el fondo de este bello libro. Pero eso no basta para que el autor le enrostre duras verdades. Resumamos esta crónica, transcribiendo una de las páginas más certeras de la psicología de la ciudad:

«El crecimiento de Génova, Venecia, Marsella y Barcelona depende en parte de la posición de esos puertos, pero también del patriotismo de sus hijos y del aprovechamiento invariable de la materia que produjeron. Valparaíso, la ciudad del viento, ha sido albergue pasajero de la gente que cobijó. Nada queda para insinuar al viajero su época de esplendor comercial; no posee una joya de arte capaz de figurar en las guías del turista. En cualquier poblacho de Europa hay alguna torre, algún acueducto o ruina reveladora de las generaciones que pasaron. En Valparaíso mediante unas u otras desgracias, no permanece nada: el terremoto se llevó las huellas de los hombres: la Intendencia española, el palacio Ross, el Teatro de la Victoria. Las familias se esparcieron por el mundo. Manterolas, Varelas, Benavides. Edmonson Scarles, Ross, Equires, Buchanan, Santa María. Hombrés que llegaron con el viento Sur se fueron como llegaron, dejando

efímeras señales. Nunca asociaron las voluntades ni llamaron artistas para dar a la cuna que los enriquecía un aspecto, no digamos admirable, sino simplemente decoroso. Es ya una enfermedad social creer que el negocio lo suele todo y que el hombre de negocios sirve para todo. En Chile no hay un monumento típico que reclame la atención universal. El hombre pasó por la tierra cual manga de langosta. Si me pidieran la definición de la arquitectura porteña yo diría: *calamina*.—
Domingo Melfi.

HIJA DE LA TIERRA. (novela de una vida), por *Agnes Smedley.*

No es una novela construída de acuerdo con las convenciones tradicionales del género. No hay artificio en la estructura ni en el estilo. Es el relato, simple y patético, de una vida agobiada por un destino de miseria y de angustia, que trata, sin embargo, de realizarse libremente, rompiendo con los prejuicios vigentes y aun con los impulsos de su propio corazón.

Desde los primeros y vagos recuerdos infantiles que nos presenta la autora, sentimos el sordo palpitante trágico de un alma sensible golpeada por la áspera realidad. Un círculo gris de pobreza rodea a la pequeña niña. Al padre, la madre y los hermanos empujados de un lugar a otro por el deseo de vencer a la mala suerte.

La madre la castiga con frecuencia, por causas fantásticas, obligándola a mentir para evitar los la-